

OBRAS PUBLICADAS
POR
LA ESPAÑA MODERNA

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la Literatura española, 10 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura italiana, 9 pesetas.

Waliszewsky.—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura inglesa, 5 volúmenes, 34 pesetas.—Tomo I, *Los orígenes*, 7 pesetas.—Tomo II, *El renacimiento*, 7 pesetas.—Tomo III, *La Edad clásica*, 6 pesetas.—Tomo IV, *La Edad moderna*, 7 pesetas.—Tomo V, *Los contemporáneos*, 7 pesetas. Cada tomo se vende suelto.

Otras obras de **H. Taine** publicadas por LA ESPAÑA MODERNA: La Inglaterra, 7 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea.—El antiguo régimen, 10 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—El Ideal en el Arte, 3 pesetas.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—Viaje á Italia, Florencia, 3 pesetas.—La Pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—Viaje á Italia, Milán, 3 pesetas.—Viaje á Italia, Nápoles, 3 pesetas.—Viaje á Italia, Roma (2 tomos) 6 pesetas.—Viaje á Italia, Venecia, 3 pesetas.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

HISTORIA
DE LA
LITERATURA INGLESA

POR
HIPÓLITO TAINÉ

de la Academia francesa.

TOMO I
LOS ORÍGENES

2.ª EDICIÓN

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Cuesta Sto. Domingo, 16.

100683

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

802.9
P. 93
+ 28
V. L.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DEDICATORIA

El historiador de la *Civilización de Europa y de Francia* es hoy aún en nuestro país el jefe de los estudios históricos, cuyo promovedor fué en otros días. Yo, por mi parte, he recibido pruebas de su benevolencia; he aprendido en su conversación, consultado sus libros, y gozado de esa amplitud imparcial de espíritu, de esa activa y generosa simpatía con que acoge los trabajos y las ideas ajenas, aunque esas ideas no sean las suyas. Es para mí un deber y una honra dedicar esta obra á M. Guizot.

H. TAINÉ.

INTRODUCCIÓN

«El historiador podría colocarse en el seno del alma humana durante un período de tiempo, una serie de siglos ó en un pueblo determinado. Podría estudiar, describir, contar todos los acontecimientos, todas las transformaciones, todas las revoluciones consumadas en el interior del hombre; y cuando hubiese llegado al fin, tendría una historia de la civilización en el pueblo y en el tiempo elegidos.»

(Guizot: *Civilización de Europa*, pág. 25.)

Desde hace cien años en Alemania, desde hace sesenta en Francia, se ha transformado la historia á favor del estudio de las literaturas.

Se ha descubierto que una obra literaria no es un simple juego de imaginación, capricho aislado de una acalorada fantasía, sino una copia de las costumbres reinantes, y signo de un estado de espíritu. Se ha inferido, por consecuencia, que, atendiendo á los monumentos literarios, podría discernirse la manera de pensar y sentir los hombres siglos hace. Se ha realizado el ensayo, y se ha obtenido un éxito satisfactorio.

Reflexionando sobre esas maneras de pensar y de sentir, se ha visto que eran hechos de primer orden; que se enlazaban intimamente con los más grandes acontecimientos: que los explicaban y se explicaban por ellos á su vez; que en lo sucesivo había que concederles un puesto, y uno de los más altos puestos, en la historia. Se les ha concedido ese puesto, y desde entonces se ve cambiar todo en la historia: el objeto, el método, los instrumentos, la concepción de las leyes y de las causas. Ese cambio, según se efectúa y debe efectuarse, es el que vamos á tratar de exponer aquí.

I

Los documentos históricos no son más que indicios, por medio de los cuales hay que reconstruir el individuo visible.

Cuando volvéis las grandes páginas de un tomo en folio, las hojas amarillentas de un manuscrito, de un poema, de un código, de un símbolo de fe, ¿cuál es vuestra primera reflexión? Que no se ha hecho él solo, naturalmente: que es un molde, semejante á una concha fósil; que es una impresión, semejante á una de esas formas depositadas en la piedra por un animal que vivió y murió. ¿Por qué estudiáis la concha sino para figuraros el animal? Pues de la propia suerte no estudiáis el documento sino para conocer al hombre. La concha y el documento son restos muertos, y no

valen más que como indicios del ser íntegro y viviente. Hasta ese ser hay que llegar; ese ser es el que necesitamos reconstruir. Es engañarse estudiar el documento como si existiese por sí solo; es tratar las cosas como simple erudito, y caer en una ilusión de biblioteca. En el fondo, no hay mitología ni lenguas, sino únicamente hombres que coordinan palabras é imágenes según las exigencias de sus órganos y la forma original de su espíritu. Un dogma no es nada por sí mismo; mirad á los que le hicieron: ved tal retrato del siglo XVI, ved la rígida y enérgica fisonomía de un arzobispo ó de un mártir de Inglaterra. Nada existe sino por la acción del individuo; el individuo mismo es el que debemos conocer. Cuando se ha determinado la filiación de los dogmas, ó la clasificación de los poemas, ó el progreso de las constituciones, ó la transformación de los idiomas, no se ha hecho más que despejar el terreno; la verdadera historia sólo surge cuando el historiador empieza á desentrañar, al través de la distancia de los tiempos, el hombre vivo, activo, dotado de pasiones, provisto de hábitos, con su voz y su fisonomía, con sus ademanes y sus vestiduras, visible y tangible como el que hace poco acabamos de dejar en la calle. Procuremos, pues, suprimir, hasta donde quepa, ese gran intervalo de tiempo que nos impide observar al hombre con nuestros ojos, *con los ojos de nuestra cabeza*. ¿Qué hay bajo las lindas hojas satinadas de un poema moderno? Un poeta moderno, un hombre como Alfredo de Musset, Hugo, Lamartine ó Heine, que ha estudiado y viajado; que usa levita negra y guantes; que es bien visto de las damas; que por la noche hace cincuenta saludos y una veintena de frases en las reuniones; que lee los periódicos por la mañana; que habita por lo común en un piso se-

gundo, y que no es muy alegre porque tiene nervios, y sobre todo, porque, en esta democracia en que nos ahogamos, el descrédito de las dignidades oficiales ha exagerado su importancia, y la delicadeza de sus sensaciones habituales le da ciertas tentaciones de creerse dios. He ahí lo que descubrimos al través de *meditaciones* ó *sonetos* modernos. Del propio modo, en una tragedia del siglo XVII hay un poeta, un poeta, como Racine, por ejemplo, elegante, mesurado, cortesano, pulido; con una peluca majestuosa y zapatos de cintas; monárquico y cristiano de corazón, «que había recibido de lo alto la gracia de no sonrojarse delante de nadie, del rey ni del Evangelio»; hábil en distraer al príncipe, en traducirle en hermoso francés del día el «lenguaje rancio de Amyot»; muy respetuoso con los grandes, y sabiendo siempre «guardar su puesto» cerca de ellos; obsequioso y reservado en Marly como en Versalles, en medio de los atractivos regulares de una naturaleza atildada y decorativa, entre las reverencias, las gracias, los artificios y sutilezas de los señores que han madrugado para merecer un privilegio de sucesión, y de las damas encantadoras que cuentan por los dedos las genealogías á fin de obtener el derecho de asiento en palacio. Sobre esto consultad á Saint-Simon y ved las estampas de Pérelle, como antes consultasteis á Balzac y visteis las acuarelas de Eugenio Lami. Asimismo, cuando leemos una tragedia griega, nuestro primer interés debe ser figurarnos griegos, es decir, hombres que viven medio desnudos en gimnasios ó plazas públicas, bajo un cielo esplendoroso, y en medio de los más delicados y nobles paisajes, ocupados en dar agilidad y fortaleza á su cuerpo, en conversar, en discutir, en votar, en ejecutar piraterías patrióticas; pero hombres sobrios, que tienen por

ajuar tres cántaros en su casa, y por provisiones dos anchoas en aceite; y hombres ociosos, servidos por esclavos que les dejan vagar y holgura para entregarse al cultivo de su espíritu y al ejercicio de sus miembros, sin otra preocupación que el deseo de poseer la más bella ciudad, las más bellas procesiones, las más bellas ideas y los tipos humanos más hermosos. Sobre esto, una estatua como el Meleagro ó el Teseo del Partenón, ó la vista de ese Mediterráneo lustroso y azul como una túnica de seda, por donde asoman las islas á manera de cuerpos de mármol, y unas cuantas frases escogidas de Platón y Aristófanés, os enseñará mucho más que todas las disertaciones y comentarios. Igualmente, para entender un Purana indio, empezad por figuraros al padre de familia que, «habiendo visto un hijo en las rodillas de su hijo», se retira, según la ley, á la soledad, con un hacha y un vaso, debajo de un plátano ó á orillas de un riachuelo; deja de hablar; multiplica sus ayunos; permanece desnudo entre cuatro hogueras, y bajo la quinta hoguera, es decir, el terrible sol devorador y renovador incesante de todas las cosas vivas; y durante semanas enteras mantiene fija su imaginación, ahora en el pie de Brahma, luego en la rodilla, después en el muslo, más adelante en el ombligo, y así sucesivamente, hasta que, á impulsos de esa meditación intensa, aparecen las alucinaciones; hasta que todas las formas del ser, fundidas y transformadas unas en otras, oscilan al través de aquella cabeza arrebatada por el vértigo; hasta que el hombre inmóvil, con los ojos fijos y conteniendo la respiración, ve desvanecerse el mundo como una humareda por encima del Ser universal y vacío en que aspira á abismarse. La mejor enseñanza á este propósito sería un viaje á la India; en su defec-

to, podrán utilizarse las descripciones de los viajeros, de los libros de geografía, de botánica y de etnología. En todo caso, la investigación debe ser idéntica. Una lengua, una legislación, un catecismo, no es nunca más que una cosa abstracta; lo completo es el hombre que obra, el hombre corporal y visible que come, que anda, que combate, que trabaja. Dejad á un lado la teoría de las constituciones y de su mecanismo, de las religiones y su sistema, y procurad ver á los hombres en su taller, en sus escritorios, en sus campos, con su cielo, su suelo, sus casas, sus trajes y sus comidas, no de otro modo que lo hacéis cuando al desembarcar en Inglaterra ó en Italia, miráis las caras y los ademanes, las aceras y las tabernas, la gente que se pasea y los obreros que beben. Nuestra gran preocupación debe ser suplir hasta donde podamos, la falta de la observación presente, personal, directa y sensible, porque es el único camino para conocer al hombre. Hagámonos presente el pasado; para juzgar una cosa, es menester su presencia; no hay experiencia de los objetos ausentes. Claro que esta reconstrucción es siempre incompleta, y no puede dar margen más que á juicios incompletos; pero hay que resignarse: más vale un conocimiento mutilado que un conocimiento nulo ó falso, y no hay más medio de conocer aproximadamente las acciones de otros días que *ver* aproximadamente á los hombres de otros días.

Ese es el primer paso en historia. Se ha dado en Europa, al renacer la imaginación, á fines del siglo último, con Lessing y Walter Scot; un poco después en Francia con Chateaubriand, Agustín Thierry, M. Michelet y tantos otros. He aquí ahora el segundo paso.

II

El hombre corporal y visible no es más que un indicio, por medio del cual debe estudiarse el hombre interior é invisible.

Cuando observáis con vuestros ojos el hombre visible, ¿qué buscáis en él? El hombre invisible. Esas palabras que llegan á vuestro oído, esos ademanes, esos movimientos de cabeza, esas vestiduras, esas acciones y esas obras sensibles de todos linajes no son para vosotros más que expresiones; allí se revela algo, un alma. El hombre exterior oculta un hombre interior, y el primero no hace más que manifestar al segundo. Miráis su casa, sus muebles y su traje, para descubrir las huellas de sus hábitos y de sus gustos, el grado de su elegancia ó de su rusticidad, de su prodigalidad ó de su economía, de su vulgaridad ó de su delicadeza. Escucháis su conversación y notáis las inflexiones de su voz y sus cambios de actitud, para apreciar su espontaneidad, su abandono y su viveza, ó su energía y rigidez. Estudiáis sus escritos, sus obras de arte, sus empresas mercantiles ó políticas, para medir el alcance y los límites de su inteligencia, de su inventiva y de su sangre fría, para descubrir el orden, la índole y el poder habitual de sus ideas, la manera cómo piensa y se resuelve. Todas esas exterioridades no son más que avenidas que se reúnen en un centro, y no las recorréis sino para llegar á ese centro; allí